La música, ese pájaro en el centro de la noche, esa voz en mitad de las tinieblas, ese eco en el corazón del abismo, esa hendidura en el vértice de la eternidad, preside este conjunto de veintiún relatos de **José Luis Téllez**, que poseen una evidente unidad –de tono, de estilo, de inquietudes–, y que se leen fácilmente, con auténtica fascinación, pero exigen una atención demorada, como advierte **Andrés Amorós** en su prólogo, para ir más allá de la anécdota e intentar captar su significado. Estas ficciones, dignas herederas de aquella tradición narrativa que gusta de encontrar lo fantástico en lo cotidiano, y que tiene a **Borges** y **Cortázar** como referentes indiscutibles, llevan al lector a otros mundos dentro y fuera del nuestro –quizá un personal homenaje del autor a los relatos de **Isaac Asimov** y **Ray Bradbury**–, en un viaje literario simbólico donde el lector podrá descubrir ecos, menciones veladas y guiños a **Dante**, **Shakespeare**, **Goethe** u **Oscar Wilde**. No falta en ellas un cariz humorístico; las numerosas referencias cinematográficas; las profusas citas musicales –**Wagner**, **Richard Strauss**, **Debussy**, **Schönberg**, **Alban Berg**–; algún que otro retrato costumbrista; los juegos de laberintos, círculos viciosos, espejos, luces y sombras, noche y niebla; los amores dantescos; el baile y el canto de los más sabios arcángeles; venganzas que traspasan el hilo del tiempo; trasuntos mitológicos; y, cómo no, la hermosa y rutilante metáfora pitagórica de la armonía de las esferas, que vertebra todo el universo narrativo del autor.

9 788417 425838

José Luis Téllez

MÚSICA DE LAS ESFERAS

Prólogo de Andrés Amorós

fórcola

José Luis Téllez

MÚSICA DE LAS ESFERAS

Veintiún relatos breves

Prólogo de
Andrés Amorós

fórcola
Singladuras

Singladuras

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:
Concierto de los Ángeles (detalle), Gaudenzio Ferrari,
Santa Maria dei Miracoli, Saronno, Italia

© José Luis Téllez, 2021
© Del prólogo, Andrés Amorós, 2021
© Fórcola Ediciones, 2021
C/ Querol, 4 - 28033 Madrid
www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-12229-2021
ISBN: 978-84-17425-83-8
Imprime: Sclay Print, S. A.
Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.
Impreso en España, CEE. Printed in Spain

ÍNDICE

PRÓLOGO, *La verdad trasvisible*, por Andrés Amorós 7
NOTA A LA EDICIÓN 15

Música de las Esferas 17

Babel y Luzbel 19
El abismo de los libros 28
Hallazgos 39
Amor condusse noi ad una morte 44
Cinco historias de Madrid 55
Discurso de la Sombra 65
El reflejo del tiempo 70
El retrato 76
La afinación del mundo 84
La ciudad dormida 89
Encuentro con las Musas 93
Nuit et brouillard 98
La decapitación de los arcángeles (Estampa costumbrista) 107
Las montañas 113
Una mujer a caballo 115

Nausícaa 123
Qué hacer después del crimen 126
El triunfo de la virtud (Ópera alemana) ... 135
Öde und leer was das Meer 140
Otros mundos lejanos 152
Música de las Esferas 160

NOTAS 163

PRÓLOGO

La verdad trasvisible

Andrés Amorós

PARA MUCHOS –me incluyo– que admiramos la sabiduría musical de José Luis Téllez y la brillantez de su estilo, va a suponer una grata sorpresa este conjunto de relatos breves.

Así los denomina el autor: dos o tres páginas suelen bastarle; algunas veces, una sola. Pero la brevedad no implica escasez de ambición, todo lo contrario. Como buena parte de la mejor narrativa contemporánea, el argumento supone sólo el punto de partida para inquietar al lector. Lo expresó con una hermosa metáfora Ernesto Sábato:

> Decía Donne que nadie duerme en la carreta que lo conduce de la cárcel al patíbulo y que, sin embargo, todos dormimos desde la matriz hasta la sepultura, o no estamos enteramente despiertos. Una de las misiones de la gran literatura: despertar al hombre que viaja hacia el patíbulo... La novela del siglo XX ha adquirido una dimensión metafísica que antes no tenía.

No nos asusten las grandes palabras. Un relato breve puede –y debe– abrirse al misterio de la vida, intentar sintetizar las claves de nuestro destino. Eso significa, en definitiva, *Mikrokosmos*, el título que da a una de sus obras Béla Bartók y que explica así: «La síntesis de todos los problemas musicales y técnicos que han sido tratados y, en algunos casos, sólo parcialmente resueltos en obras anteriores».

Este conjunto de veintiún relatos posee una evidente unidad: de tono, de estilo, de inquietudes... Se leen fácilmente, con auténtica fascinación, pero exigen una atención demorada, para ir más allá de la anécdota e intentar captar su significado.

Está claro que no siguen la senda del chato realismo, no. Aunque en alguna ocasión, por juego humorístico, se hable de costumbrismo a propósito de los arcángeles o de invitar a las Musas a tomar algo en el madrileño Café Comercial.

Inevitable resulta referirse al género fantástico o simbólico, a la manera de *El jardín de los senderos que se bifurcan*, de Borges, al que también recuerdan los laberintos, los círculos viciosos, los juegos de luz y de sombra.

El tiempo es, aquí, uno de los misterios básicos. Pasado y futuro –leemos– se unen, son

idénticos. Es lo mismo que afirma T. S. Eliot, al comienzo de sus *Cuatro cuartetos*: «Time present and time past are both perhaps present in the future. And time future, contained in the past».

Nos dice Téllez que el pasado vivifica el presente y el presente otorga significado al pasado: una imagen se desvanece (igual que los frescos, en la *Roma* de Fellini). Cambia una fotografía. Un cuadro puede sintetizar toda la biografía de una persona. Una ciudad se queda dormida, en un instante petrificado, igual que le sucede a Castroforte del Baralla en *La saga/fuga de J. B.*, de Gonzalo Torrente Ballester (que, según me dijo, se había inspirado en un misterioso cuadro de Goya).

Toda la literatura contemporánea niega el tiempo cronológico, el mecánico tiempo de los relojes. Proust encuentra la infancia perdida en el sabor de una magdalena, mojada en el té, o en un leve tropezón, en una hendidura del pavimento. Cambiando el orden de los actos, en *El tiempo y los Conway*, Priestley nos hace ver cómo las ilusiones se desvanecen, cuánto nos hace sufrir «la herida del tiempo» (así se tradujo también al castellano esta obra). Lo mismo sucede en algunas películas: por ejemplo, en *Jennie*, una de las preferidas

de Luis Buñuel, Joseph Cotten se esfuerza por alcanzar a Jennifer Jones, que avanza a distinta velocidad por otra serie temporal...

En estos relatos de Téllez, todo es actual, incluida la historia y la mitología; los sueños son una puerta abierta a otra realidad. Resulta inevitable la cita de *La tempestad*, de Shakespeare: «Estamos hechos de la materia misma de los sueños y nuestra breve vida rodeada está de sueños».

No se trata de huir a otros planetas, como en la ciencia ficción, sino de encontrar, en la realidad cotidiana, la semilla de lo fantástico. Es lo mismo que hace tantas veces Julio Cortázar: el escritor nos da dibujos, signos, anuncios, voces, llaves, ventanas, espejos, salidas, umbrales; puentes para pasar detrás, más allá, al otro lado... Si estamos bien despiertos, podemos dar «la vuelta al día en ochenta mundos».

El contrapeso a todo esto –tan real, tan profundamente serio– es el humor, el sentido lúdico. Juega Téllez con los anacronismos, mezclando lo real y lo inventado. Nos hace jugar con las referencias apenas disimuladas a grandes obras literarias: el *Quijote,* el *Ulises, À la recherche du temps perdu, El hombre sin atributos*... Pero también se alude a películas tan variadas como *Pretty Woman, El hombre*

tranquilo, Historias de la radio, Luces de la ciudad, La dolce vita, El acorazado Potemkin, El general della Rovere y *Nuit et brouillard,* el terrible documental de Alain Resnais sobre los campos de concentración nazis, que tanta polémica acabó suscitando sobre el negacionismo judío.

Cuando José Luis Téllez explica, con lógica y minuciosidad implacables, cómo conviene cortar las alas a los arcángeles o qué se debe hacer después de un buen asesinato, es inevitable recordar el apartado «Manual de instrucciones», en las *Historias de cronopios y famas,* de Cortázar: «Instrucciones para subir una escalera», «Instrucciones para matar hormigas en Roma», «Instrucciones para llorar»...

Una broma más. En la madrileña plaza de Celenque, omite el narrador que su nombre viene del segundo apellido del caballero don Juan de Córdoba y lo convierte en un mítico objeto de jocosas resonancias sexuales –se supone– , sin que nunca llegue a concretarse su significado.

Es lógico que en estas *ficciones* –uso adrede el título de Borges– no escaseen las referencias musicales pero quizá menos de lo que podíamos esperar en un libro de José Luis Téllez: la conexión con el origen del lenguaje.

La brillante parodia del argumento de una ópera wagneriana.

Leemos aquí que los ángeles músicos son los más sabios. La música implica tiempo; es decir, ritmo y memoria. Nos sirve de puerta entre dos mundos, el que vemos y el mundo superior que intuimos. Nos hace soñar con «la consonancia universal». Es el símbolo total: cuando «el tiempo se ha disuelto, queda la música».

En este libro, todo esto culmina, lógicamente, con la gran metáfora de la música de las esferas, a partir de la tradición pitagórica y el *Timeo* de Platón: el demiurgo creó el universo a partir de proporciones aritmético-musicales, que son el origen y la garantía del orden cósmico y producen la armonía universal. En la literatura española, culmina esto en la oda de Fray Luis de León *A Francisco Salinas,* el organista del Renacimiento, en la que imagina cómo su «música extremada» sube a los cielos y suscita la respuesta de «el gran maestro», con su «inmensa cítara»:

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera
y oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es la fuente y la primera.

Ve cómo el gran maestro,
a aquesta inmensa cítara aplicado,
con movimiento diestro
produce el son sagrado
con que este eterno templo es sustentado.

Y como está compuesta
de números concordes, luego envía
consonante respuesta
y entre ambas, a porfía,
se mezcla una dulcísima armonía.

Es difícil expresar más bellamente el misterioso atractivo de la gran música... Todavía quiero subrayar la presencia, en estos relatos, de otra metáfora, la del espejo, que nos devuelve una imagen fiel o mentirosa y puede ir unido al tiempo: «Yo mismo, al mirarme al espejo, no cesaba de preguntarme de quién era aquella imagen que cada vez me parecía más lejana; yo por eso empecé a escribir...».

Nos buscamos a nosotros mismos en lo que escribimos todos los que hemos elegido este camino. Conviene recordar ahora a otro Salinas, don Pedro, en un poema de *La voz a ti debida.* Usando un juego fónico, el *espejo* que devuelve su imagen le parece un *espía* mentiroso porque, gracias al amor, ha duplicado su ser:

Que cuando los espejos, los espías
–azogues, almas cortas–, aseguran
que estoy aquí, yo, inmóvil,
con los ojos cerrados y los labios,
negándome al amor
de la luz, de la flor y de los nombres,
la verdad trasvisible es que camino
sin mis pasos, con otros,
allá lejos, y allí
estoy besando flores, luces, hablo.

A descubrir esa *verdad trasvisible* y escuchar *la música de las esferas* nos incitan estos brillantes relatos de José Luis Téllez.

Escritos entre agosto de 2018 y marzo de 2021, los cuentos que componen este volumen mantienen algunas relaciones entre sí: las más evidentes son las que ligan el primero y el último con algún otro, así como las citas literales de Homero o de la *Divina Comedia* que vertebran dos o tres más. La presencia de ciertos referentes fílmicos resulta igualmente obvia en varios casos, del mismo modo que la música, en sus diferentes apariencias, asume también un papel destacado.

Soy contrario a facilitar ciertas claves de lectura –es algo que se me ha reprochado en relación con *La contraseña del infinito*, mi primer libro de relatos–, porque creo que exhibirlas destruye un elemento que entiendo esencial: el juego del enigma. Si éste se desvela se anula el contenido poético. Si el lector lo descubre por sí mismo, por el contrario, se incrementa. Pero, de no suceder así, tampoco se empobrece el resultado: de suceder así el problema debe achacarse a la falta de calidad del cuento mismo.

No obstante, en la ocasión presente, y por consejo de mi editor, quizá sea oportuno desvelar un par de estas claves, en razón de que los relatos a los que se hace referencia están construidos, justamente, como una suerte de juego de adivinanzas, de modo que estimo pertinente ofrecerlas ahora, en las notas al final del libro. No creo, por el contrario, que resulte adecuado desvelar otros referentes pictóricos o literarios igualmente presentes. A fin de cuentas, todo es legible desde perspectivas que pueden modificarse con el curso del tiempo. Permitamos al lector que elabore su propio itinerario.

JOSÉ LUIS TÉLLEZ

Música de las Esferas